

LECTURAS ESPAÑOLAS DEL *TELÉMACO* DE FÉNELON EN LOS SIGLOS XVIII Y XIX

JUAN F. GARCÍA BASCUÑANA*

En su *Historia de la literatura universal* Martín de Riquer y José María Valverde se refieren a las *Aventuras de Telémaco*. Pero se muestran especialmente severos al hablar a sus lectores del famoso libro de Fénelon, presente en muchas bibliotecas familiares españolas desde el siglo XVIII, y punto de referencia constante para los autores de manuales para la enseñanza del francés como lengua extranjera desde los tiempos de Chantreau (1781). Nos dicen al respecto que:

Fénelon inventó y narró los vagabundeos de Telémaco, hijo de Ulises, por el Mediterráneo, acompañado de Minerva, bajo la apariencia de su preceptor Mentor. Trasunto del duque de Borgoña y del propio Fénelon, el joven Telémaco y el razonable Mentor constituyen los protagonistas de esa pesadísima narración que producía la indignación de Flaubert cuando oía decir que estaba bien escrita y que consiguió tan fabuloso e incomprensiblemente duradero éxito que todavía nuestros abuelos, al aprender francés, han tenido que pasar por la dura prueba de leer sus interminables páginas. Y es que *Las aventuras de Telémaco*, que sublevan e indignan a todo aquel que ha leído la *Odisea*, constituyen un libro de circunstancias y de momento, que dejó de tener sentido y eficacia en cuanto estalló la Revolución francesa (Riquer y Valverde, 1968: 2, 375).

No es cuestión de discutir aquí tan severa afirmación y polemizar con estos dos estudiosos¹, buenos conocedores de la historia de la literatura, sino más bien interrogarnos por las razones que los llevaron a realizar tan descalificadora afirmación. En realidad, esta posición contraria al *Telémaco* tampoco era nueva y de hecho la encontramos en algunos autores, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XIX, aunque con algunas excepciones como es el caso de Menéndez Pelayo. El polígrafo santanderino, normalmente poco propenso a elogiar a autores extranjeros, subraya la importancia del libro de Fénelon destacando los importantes valores literarios de esta «obra de transición» como él la califica (Méndez Pelayo, 1994 [1882-1891]: II, 627-628). Y, sin embargo, cuando Menéndez Pelayo escribe esta referencia elogiosa

* Universitat Rovira i Virgili.

¹ En una conversación informal con una profesora universitaria catalana, esta me indicó que, aunque esa *Historia de la literatura universal* tenía como autores a ambos especialistas, en realidad la parte de la literatura moderna y contemporánea correspondía exclusivamente a José María Valverde, y que en principio Martín de Riquer, que se había ocupado exclusivamente de la parte referida a la literatura medieval, no sería responsable directo de dicha afirmación.

sobre la novela del obispo de Cambrai, el tiempo del *Télémaco* había quedado ya lejos. Pero el autor de la *Historia de las ideas estéticas en España* se limita a llevar a cabo un estudio literario especialmente pertinente y preciso aunque no tiene en cuenta otras repercusiones de dicha obra ni se detiene en aspectos de tipo sociocultural. Lo que no quita que el interés de Menéndez Pelayo por el *Télémaco* es indiscutible. El desfase cronológico le va servir en cierto modo de coartada para llevar a cabo un análisis al margen de posiciones partidistas y más o menos apasionadas de las élites cultas de la primera mitad del siglo XIX y sobre todo del siglo XVIII cuando se discutía tanto sobre la dimensión literaria del libro de Fénelon como sobre su dimensión moralizante y pedagógica, sin llegar a captar a menudo su dimensión política (García Bascuñana, 2003: 94).

SOBRE LA RECEPCIÓN EN ESPAÑA DE LAS AVENTURES DE TÉLÉMAQUE DE FÉNELON EN LOS PRIMEROS AÑOS DEL SIGLO XVIII

Habían transcurrido apenas unos años desde la publicación, casi clandestina, de las *Aventures de Télémaque* en 1699² cuando empezaron a publicarse las primeras traducciones de dicha obra a algunas de las principales lenguas europeas. Ya entonces, en los primeros años del siglo XVIII, comienzan a imprimirse traducciones del *Télémaco* al inglés, al alemán, al neerlandés y al italiano (García Bascuñana, 2010: 60-61). Por lo que respecta a la primera versión española habrá que esperar todavía un tiempo, hasta 1713, año en que se imprimió la primera traducción castellana, en la imprenta de Adrian Moetjens en La Haya. Esa traducción al castellano del libro de Fénelon coincide en el tiempo (¿por casualidad?) con los Tratados de Utrecht, ya que se imprime el mismo año en que se iniciaban las negociaciones que debían dar una salida política a la larga Guerra de Sucesión española, lo que podría llevarnos a hacernos no pocas preguntas respecto a las causas que provocaron que esa primera edición en castellano del *Télémaco* se hiciera en esa fecha y precisamente en el país en que se dirimían en aquel momento los intereses de una buena parte de los países europeos y concretamente de España. Pero el que dicha traducción española del *Télémaque* se publicara en los Países Bajos se debió probablemente a la política editorial de la época, ya que las imprentas holandesas y flamencas destacaban entonces, de manera notable, por su dinamismo y su liderazgo en el mundo de la edición³. Esa primera traducción de La Haya llegó a tener durante casi un siglo una aceptación constante, ya que prácticamente hasta finales del siglo XVIII ninguna nueva traducción viene a hacer sombra a la de 1713, a pesar de que no faltan intentos de apropiarse de dicho texto por editores o mercaderes de libros desaprensivos que se presentan a veces como nuevos

² La obra se publicó, parece ser, sin autorización del autor. Es bien conocida la génesis del libro: en 1694, Fénelon, preceptor del duque de Borgoña, heredero de la corona de Francia, y de su hermano el futuro Felipe V de España, tuvo la idea de elaborar una gran novela pedagógica en la que Minerva travestida en Mentor guía los pasos del joven Télémaco. El paralelismo entre el príncipe heredero y Télémaco, así como entre Mentor y Fénelon es evidente

³ Hazard (1968 [1935]: I, 121) se refiere a la presencia determinante de las imprentas holandesas, entre finales del siglo XVII y una buena parte del XVIII en el ámbito de la edición, al tiempo que subraya las enormes dificultades que planteaba la publicación en España de obras que podían considerarse sospechosas.

traductores, como ocurre por ejemplo con una edición madrileña de 1723 (la segunda después de La Haya y la primera en territorio español). En cualquier caso, la versión anónima castellana de La Haya se va a convertir, al menos hasta las últimas décadas del siglo XVIII, en una referencia constante. Un texto que se edita y se reedita (y no pocas veces se manipula) en diferentes lugares de Europa (Bruselas, Amberes, París, Madrid, Barcelona)⁴.

LEER EL TELÉMACO EN EL SIGLO XVIII. EL CASO DE BLANCO WHITE

Pero independientemente de los debates más o menos interesados sobre las traducciones españolas de las *Aventures de Télémaque* en el siglo XVIII, nos interesa sobre todo subrayar aquí un aspecto primordial relacionado con la recepción del libro de Fénelon en España y que tiene que ver sobre todo con su grado de aceptación y de influencia como libro de lectura. Y ello más allá de su dimensión pedagógica, en la que a menudo se insiste para intentar subrayar y, sobre todo, justificar su existencia de libro estrechamente relacionado con la enseñanza del francés, tal como sucedía prácticamente en la mayoría de países europeos y también en algunos territorios de América dependientes de la Corona española⁵. Lo que subraya Sonia V. Rose al referirse al *Telémaco en la isla de Calipso* de Pedro Joseph Bermúdez de la Torre, una imitación, que no traducción del *Telémaco*, publicada en 1728, bastantes años después de haber sido escrita⁶. En cualquier caso, esta *imitatio* del libro de Fénelon convierte al libro de Bermúdez de la Torre en el primer texto en castellano inspirado en dicha obra de autor conocido (2006: 437-470)⁷. De hecho, se puede afirmar sin reparos que

⁴ Coincidimos plenamente con Álvarez Barrientos (1991: 188-190) cuando considera que todas las traducciones anteriores a la de Josef de Covarrubias de 1797 son anónimas y no hacen más que repetir, con más o menos variantes, la vieja traducción de La Haya de 1713. Aunque también es cierto que no faltan estudiosos que sugieren que quizá entre las ediciones del siglo XVIII anteriores a Covarrubias pudo haber algunas traducciones originales, independientemente de que aparezca o no el nombre del traductor. Aunque no proponen ningún dato que avale dicha sugerencia, como es el caso de Hernández Serna y Vera Pérez (2006: 45-46).

⁵ El *Telémaco* de Fénelon, publicado, como se sabe, en 1699, llegó muy pronto a América. Según Rose (2006: 449), basándose en el prólogo del propio Bermúdez de la Torre, el libro habría llegado a Lima en el mismo navío que traía la noticia del fallecimiento de Carlos II y la subida al trono del nuevo rey, Felipe V.

⁶ Sonia V. Rose nos dice que el libro de Bermúdez de la Torre habría sido redactado entre 1701 y 1705, aunque por las razones que fuera pasaron bastantes años antes de publicarse (ibid.: 448).

⁷ Nos parece especialmente interesante ofrecer lo que nos dice al respecto de esa *imitatio* en verso del *Telémaco* Sonia V. Rose: «Bermúdez de la Torre eligió —siguiendo probablemente una sugerencia del mecenas— no traducir el *Télémaque* de Fénelon, sino componer una *imitatio* del modelo francés. En buena medida, la producción literaria de esta época está constituida por traducciones o imitaciones, no debiendo esto ser interpretado como parasitario y, por lo tanto, como propio de la situación “colonial” en la que se hallaría el escritor, incapaz de crear y a quien solo queda la posibilidad de repetir miméticamente los gestos del colonizador. Por el contrario, desde el Renacimiento, la traducción y la *imitatio* son consideradas como actividades prestigiosas dentro del ejercicio poético, en particular esta última, en cuanto que requiere por parte del poeta una vuelta a la fuente primigenia de la inspiración. La *imitatio*, mucho más que una traducción, le permite a Bermúdez de la Torre distanciarse del modelo francés [...] y lo hace en al menos tres puntos esenciales: primero, al componer en verso y no en prosa; segundo, amplificando la materia amorosa (presente en el modelo solo por su poder didáctico) y hacer de ella su materia central; tercero, eliminando todos los episodios que hacen del *Télémaque* de Fénelon una fábula política y un manual del buen gobernante» (Rose, 2006: 447).

el *Telémaco* fue leído y mucho en España en el siglo XVIII, como sugiere Álvarez Barrientos (1991: 188-190), y nosotros mismos hemos podido comprobar al acercarnos a su difusión en nuestro país en el siglo XVIII. De ahí que los censores del Santo Oficio no dudaran, llegado el momento (en 1771), en condenar una obra que en principio no tenía que plantear problemas de difusión dado que su autor era un reputado eclesiástico —aunque es cierto que con problemas con la ortodoxia católica debido a algunas de sus posiciones, consideradas heterodoxas a raíz de la polémica sobre el quietismo—. Se podría pensar sobre todo en razones políticas para intentar entender ese rechazo de la obra de Fénelon, puesto que desde el primer momento de su publicación en 1699 provocó una reacción airada de Luis XIV, que veía tras ese libro destinado a la educación del que estaba llamado a sucederle, su nieto el duque de Borgoña, una crítica más o menos encubierta a su forma de gobernar (véase Fénelon, 1968: 83). Sin embargo, estamos lejos de pensar que fueran estrictamente razones políticas las que acarrearón la desconfianza del Santo Oficio hacia el *Telémaco*. Pensamos más bien que ello fue provocado por la recreación en dicha obra de una atmósfera que invitaba al placer, combinada con una sensibilidad considerada proclive a la molición, lo que pudo acarrear que el libro fuera considerado peligroso por los censores del Santo Oficio (ello es evidente sobre todo en los libros IV, V y VI de la obra)⁸. Todo ello conjuntamente con la presencia de un misticismo propio de Fénelon, lo que sin duda pudo provocar también la desconfianza de una institución que se preocupaba especialmente de las «desviaciones morales y teológicas», sobre todo teniendo en cuenta que la situación creada por la querrela sobre el quietismo no quedaba lejos en el tiempo. Pero a pesar del celo del Santo Oficio, este no pudo impedir que el *Telémaco*, utilizando como coartada sus valores pedagógicos y didácticos, se convirtiera en libro de lectura constante y obligada, y su presencia en las bibliotecas de las élites cultivadas se hiciera cada vez más evidente. Es el caso, por ejemplo, de Blanco White quien nos refiere cómo descubrió de niño el *Telémaco* entre los escasos libros que formaban la biblioteca paterna. Y probablemente los censores no se equivocaban, según su lógica, cuando desconfiaban de aquel libro en el que no faltaba esa atmósfera voluptuosa que había levantado sus sospechas desde el primer momento. Pues las razones que da el escritor sevillano respecto a su atracción por el libro podrían por sí solas justificar sobradamente esa desconfianza del Santo Oficio. Nos dice Blanco White que se aprendió casi de memoria el *Telémaco*, lo que le acarrearía la primera crisis espiritual de su vida, provocándole las primeras dudas y escrúpulos de conciencia (Gil Fernández, 1997: 608), pues la lectura de las aventuras del joven hijo de Ulises había puesto ante sus ojos el mundo espléndido y brillante de los dioses paganos, un mundo que lo había fascinado y que lo llevaba a hacerse preguntas inquietantes sobre la religión que le habían inculcado hasta entonces. Oigamos al propio Blanco White (1972: 112) relatarnos aquellas primeras impresiones provocadas por el libro del prelado francés, al echar la vista atrás y recordar aquel episodio tan importante de su infancia:

⁸ Llegada de Telémaco a la isla de Chipre; invitación a disfrutar de los placeres de la vida por parte de Cupido y Venus; intento por parte de Telémaco de resistir a la voluptuosidad; ira de Venus; seducción de Calipso.

Pero debo regresar aquí a un período mucho más temprano de mi vida, lo que haré de muy buen grado, pues me dará la ocasión de corregir un lapsus de la memoria con respecto a los libros que leí en mi niñez. Cuando toqué el tema, olvidé mencionar una traducción española del *Telémaco* de Fénelon, que mi padre tenía en su minúscula biblioteca de una media docena de libros. Lo leí y lo releí tan a menudo cuando contaba tan solo seis o siete años que me lo sabía casi de memoria. El efecto que ejercía sobre mi imaginación era poderosísimo, y no limitó su influjo a esta simple facultad. Curiosamente, mi primera duda acerca de la verdad del cristianismo la motivó este libro cuando no había cumplido aún los ocho años. Mi recuerdo de cuantos pormenores se relacionan con aquella vacilación pasajera es clarísimo. La descripción de los sacrificios ofrecidos a los dioses me llenaba de deleite; a más de ello, sentía una fuerte simpatía por los personajes principales del relato. La diferencia entre su religión y la mía me impresionaba poderosamente y mi admiración por su prudencia y coraje me sugería la pregunta de por qué nos sentíamos tan seguros de que su culto religioso fuese falso.

Estamos ante una lectura y una interpretación de las *Aventuras de Telémaco* que con casi toda seguridad el propio Fénelon no había previsto en el momento de redactar su libro, cuyos objetivos eran, en principio, eminentemente pedagógicos. Es más, nos atreveríamos a decir que hubiera rechazado probablemente dicha interpretación. ¿Cómo podía prever que aquel libro podía tener efectos no deseados y venir a poner en peligro, casi tres cuartos de siglo después, la fe de aquel niño que se deleitaba con la lectura de las aventuras del joven hijo de Ulises en un entorno propicio a la exaltación de los sentidos y al despertar de una imaginación incontrolada? Por eso, no puede extrañarnos que los censores del Santo Oficio desconfiaran de aquel libro que de alguna manera revelaba, analizados desde una estricta ortodoxia católica postridentina, los aspectos más cuestionables de la obra del obispo de Cambrai y podía hacer resurgir la polémica en torno al quietismo⁹, reflejada en una espiritualidad considerada inquietante, vehiculada a través de imágenes que apelaban a los sentidos más que a la razón. Por eso, los censores de la época, y a pesar de que el *Telémaco* no llegó en ningún momento a prohibirse formalmente en España¹⁰, se afanarían en eliminar los pasajes que consideraban más comprometidos y que podían despertar inquietudes y contradicciones en ciertos lectores, especialmente entre los más jóvenes. Y, sin embargo, como se precisa con especial tino en la introducción al libro *Lectures de Fénelon*, publicado bajo la dirección de Isabelle Trivisani, más allá de ese «parfum de scandale» (2009: 7) que rodeaba a dicha obra, esta poseía innegablemente esa dimensión pedagógica que muy pronto se supo descubrir y que la convirtió en un referente en el que se cimentó muy pronto su prestigio en la Europa de las Luces (Trivisani, 2009: 8), un prestigio que mantendría todavía de manera evidente a lo largo de la primera mitad del siglo XIX (Vera, 2003: 166-177). Y enumera Trivisani las

⁹ Como comenta acertadamente Olivier Leplâtre, no puede dejarse de lado que las *Aventuras de Telémaco* fueron publicadas de manera clandestina y con no poca polémica en 1699, en pleno debate sobre el quietismo, y probablemente tuvieron bastante que ver en la caída en desgracia de Fénelon y su confinamiento en Cambrai (Leplâtre, 2003: 12).

¹⁰ Entre 1723, año de publicación de la primera edición del *Telémaco* en suelo español a cargo del impresor madrileño Francisco Medel, las reediciones de dicha obra se multiplican hasta finales del siglo XVIII, utilizando casi siempre el viejo texto de 1713.

razones que, a su parecer, sirvieron para justificar el éxito de una obra escrita dentro de la tradición de los «espejos de príncipes» y que, en principio, por su contenido más visible no tendría que haberse convertido en piedra de escándalo:

Si la lecture de ce texte écrit dans la tradition des miroirs des princes paraît aujourd'hui moins accessible, les contributions de ce volume tentent de restaurer les conditions d'une lecture informée, car les *Aventures de Télémaque* demeurent bel et bien une œuvre nourricière pour l'honnête homme d'aujourd'hui. Chargée d'une immense mémoire humaniste, gréco-latine et biblique, mais refusant avec élégance toute érudition visible, l'œuvre conserve une grande diversité de lectures possibles. Loin de l'orgueil ruineux de Louis XIV, elle dessine avec soin, rudesse parfois, l'utopie d'un parfait souverain chrétien. Elle est également, à un autre niveau, ascèse progressive et périple mystique à l'usage du croyant. Elle pourrait bien aussi se situer à l'orée de la moderne littérature de jeunesse. De cette variété de lectures simultanées, le si lointain *Télémaque* tire son étrange pouvoir de séduction (Trivisani, 2009: 10).

Isabelle Trivisani plantea uno de los puntos esenciales de una obra que sirvió de modelo durante casi dos siglos, pero que al mismo tiempo no estuvo exenta de continuas polémicas como intenta demostrar, al conducirnos como eventuales lectores por el complejo laberinto de una obra dispar. Pues más allá de esa ascesis progresiva y periplo místico para uso del creyente, Trivisani (2009: 11) subraya esa sensualidad tan propia del *Telémaco* que había despertado en su día el interés del joven Blanco White y que, curiosamente, no había pasado desapercibida para el Santo Oficio, como venimos diciendo. Una sensualidad que, por cierto, puede llevarnos a hacernos no pocas preguntas, ya que es evidente que ciertas posiciones quietistas estarían más cerca de lo que puede parecer de una sensualidad capaz de compartir muchas de sus reacciones con una espiritualidad que no desea someterse a cualquier precio al dictado de la razón¹¹. Es precisamente esa conexión más o menos evidente entre espiritualidad y sensualidad lo que probablemente empujó al pequeño Blanco White a hacerse no pocas preguntas mientras se extasiaba leyendo las aventuras del hijo de Ulises (en la vieja traducción castellana de 1713), al tiempo que se recreaba contemplando probablemente las ilustraciones de la edición barcelonesa del *Telémaco* impresa por Thomas Piferrer en 1756 (con una reedición en 1768), que podría ser la que poseía en su pequeña biblioteca el padre del futuro escritor. Su estrecha relación con el *Telémaco* lo llevará, pues, a regocijarse con su lectura, aunque también despertará en él ciertos remordimientos que lo incomodarán durante un tiempo y lo harán dudar sobre la rectitud de las tendencias que aquel libro fomentaba:

Este argumento [es decir la superioridad del cristianismo sobre los antiguos cultos paganos] me absorbió durante algún tiempo y, cuando llegó el día de confesarme y consulté el catálogo de pecados que figura en el libro de preparación, sentí la necesidad de acusarme de dudas contra la

¹¹ René Pomeau y Jean Ehrard nos dicen al respecto que Fénelon protestará, al referirse a los sermones de Bourdaloue, porque «de beaux raisonnements sur la religion [...] ne sont point la religion» (cit. por Pomeau y Ehrard, 1998: 219). Aunque también subrayan que no por ello el propio Fénelon se abstuvo de razonar, como queda patente en su *Réfutation de Malebranche* (ibíd.).

fe. A medida que escribo [nos dice muchos años después cuando recuerda los hechos] aparece con nitidez en mi mente el sitio donde se alzaba el confesionario y veo el rostro del dominico que solía otorgarme la absolución: se llamaba padre Barea, un hombre grueso, sonrosado y de muy buen carácter, a pesar de que era teólogo asesor del Santo Oficio y odiaba de todo corazón a los herejes como parte de su profesión. Al acusarme, expuse lisa y llanamente mi argumento. El asombro del fraile por poco le hizo caer de espaldas en el confesionario; no obstante, valiéndose de las frases más dulces que posee el idioma español para dirigirse a los niños, me preguntó: «Angelito, ¿qué libros lees?». Le respondí con sencillez que el único libro que leía era el *Telémaco*. Al oír esto se sonrió y, tras exhortarme a que no inquietara mi cabecita atolondrada con semejantes problemas, me absolvió de todos mis pecados, sin prohibirme siquiera la lectura del libro, causa inocente de mi escepticismo (Blanco White, 1972: 113).

Aquel dominico estaba lejos de imaginar alguna de las derivas de aquella obra, probablemente ajenas al propio Fénelon y que él no alcanzaba a captar, confiando más bien en el prestigio del eclesiástico francés, a pesar de que, como se ha dicho, el Santo Oficio, del que era asesor el confesor, no era tan condescendiente con aquel libro. O quizá el padre Barea pensaba que se trataba de un capricho pasajero y prefería no darle mayor importancia a aquel episodio. Pero para el propio Blanco White su acción no era tan inocua y parecía ser consciente, a pesar de su corta edad, de las consecuencias de su acto. De ahí que añada a renglón seguido que si aquel fraile «hubiera tenido el don de la profecía me habría retorcido el cuello de buena gana, previendo que llegaría el día en que los propios herejes que él hubiera quemado con alegría me habrían de encontrar, para su gusto, excesivamente herético» (ibíd.). Pero la relación del escritor sevillano con el *Telémaco* no acabaría con este episodio de su niñez sino que rebrotaría más tarde cuando alguien le presta un ejemplar en francés del libro de Fénelon, lo que le serviría además, como el propio Blanco White nos dice, para el aprendizaje de la lengua francesa (ibíd.).

OTRAS LECTURAS ESPAÑOLAS DEL TELÉMACO A FINALES DEL SIGLO XVIII

Pero si Blanco White representa una referencia insoslayable del interés y hasta el entusiasmo —nos atreveríamos a decir— que despertó en el siglo XVIII en España y en toda Europa el *Telémaco* de Fénelon¹², encontramos también en los últimos años de esa centuria otros testimonios de ese renovado interés por una obra que se había convertido ya en un modelo moral y lingüístico. Un modelo que había que imitar y al que hacían alusión constantemente

¹² Becker (1998: XXXII), al enumerar las razones que propiciaron la favorable acogida que dispensó el siglo XVIII al *Telémaco*, nos dice en una introducción a la reedición de ese libro, publicada en México en 1998, que «Todos estos, y otros muchos planteamientos, que son nuevos en el alma y en la obra de Fénelon, pronuncian ya el siglo XVIII. Por eso lo amó ese siglo. “Si Fénelon viviese, decía Rousseau, trataría de ser su lacayo para convertirme en su ayuda de cámara”. Este pensador retoma, y la deforma y amplifica, la idea del arzobispo de Cambrai. *Les rêveries du promeneur solitaire*, no son más que el quietismo de Fénelon despojado de todo dogmatismo. La Revolución imagina un Fénelon a su manera y hace de él uno de sus héroes. El Romanticismo ve en él a uno de los precursores de su melancolía y de su poesía, que es una aspiración vaga al infinito».

los «maestros de francés» de la época¹³ y que atraía de manera especial a literatos y traductores. Sin dejar de lado un punto que nos parece esencial y que explica sin duda alguna el gran interés que despertó la obra desde el mismo momento de su publicación: su carácter enciclopédico, como subraya con acierto Brigitte Lépinette:

Télémaque fut considéré en Espagne —comme d'ailleurs dans le reste de l'Europe— un roman historique destiné à une lecture qui devait divertir mais en même temps permettre une initiation à des connaissances (pour nous) *encyclopédiques* telles que l'histoire ancienne, la mythologie et la géographie. En outre, la conception dans ce domaine était celle d'une histoire exemplaire, typique à cette époque pour des lecteurs non spécialistes. De la sorte, *Télémaque* trouva tout naturellement sa place dans un contexte dans lequel émergeait, en France comme outre Pyrénées, le goût pour l'antiquité. Comme on le sait, ce dernier est caractéristique des Lumières, grâce, entre autres, à Charles Rollin (1661-1741) dont l'*Histoire ancienne*, selon Daniel Roche, se trouvait dans toutes les bibliothèques parisiennes. Tout comme le sera celle que les lecteurs du XVIII^e siècle verront dans *Télémaque*, la conception de l'histoire de Rollin était pédagogique et édifiante (Lépinette, 2003: 102-103).

Pero más allá de ese supuesto carácter enciclopédico del *Telémaco* que atrae a no pocos lectores españoles en esas últimas décadas del siglo XVIII, hay otros aspectos de dicha obra que hay que tener en cuenta y que atraen igualmente entonces a otros posibles lectores, gracias probablemente a esa «variété de lectures simultanées» de que habla Isabelle Trivisani (2009: 8). Así entre 1797 y 1798 nos encontramos con la traducción de José de Covarrubias, miembro de la Academia de Santa Bárbara, que traducirá las *Aventures de Télémaque* ante todo por la atracción que ejerce sobre él el libro de Fénelon. Covarrubias antes que traductor se nos presenta como alguien especialmente interesado por una obra que le parece necesaria poner al alcance de los españoles que no conocen la lengua francesa. Para él se trata de un libro que cualquier persona culta debe leer debido a los múltiples valores que encierra. En cualquier caso, estamos ante alguien que no se limita a concebir el oficio de traductor como un ejercicio basado únicamente en el interés económico, sino que se siente sobre todo impelido a traducir por las propias bondades que encuentra en el libro que se dispone a verter al castellano. Sobre este punto, la hispanista francesa Françoise Étienvre (2001: 268-269) se refiere a las razones de Covarrubias para llevar a cabo un trabajo de tal envergadura y dar ese paso definitivo, y para él necesario, de lector convertido en traductor. La relación de José de Covarrubias con el *Telémaco* nos recuerda, en cierto modo, la de Blanco White, ya que es la fascinación por el texto de Fénelon lo que lleva a ambos, como lectores, a interesarse, cada uno a su manera, por dicha obra. El que más tarde Covarrubias se convierta en traductor¹⁴

¹³ A imitación del *Arte de hablar bien francés* de Chantreau (1781), un buen número de manuales que empiezan a publicarse a partir de las últimas décadas del siglo XVIII recurren a menudo a textos extraídos del *Telémaco*.

¹⁴ Un traductor con cierto éxito de librería, a pesar de ciertos puntos débiles en su traducción, pero que, a nuestro parecer, no merecía los reproches que vierte sobre ella Antonio de Capmany en sus *Comentarios con glosas críticas y jocosas sobre la nueva traducción castellana de las Aventuras de Telémaco* (Madrid, Sancha, 1798).

no es más que una de las consecuencias posibles de su estrecha relación con aquel libro, aunque podemos preguntarnos si ambos supieron captar su verdadero sentido. Pero quizá plantearse la pregunta así es inapropiado, vistas las numerosas lecturas de un texto especialmente complejo. En ese caso la pregunta se podría plantear de otra manera e interrogarse por cuál fue la lectura que cada uno de ellos realizó de esa obra especialmente compleja. En cualquier caso, es el propio José de Covarrubias quien se esfuerza por descubrir los verdaderos objetivos del libro. Tarea especialmente ardua y en cierto modo imposible, lo que no es óbice para que Covarrubias se afane en ello al afirmar, en el prólogo de su traducción, que dos preceptos guiaron a Fénelon: «enseñar a los príncipes el arte de reinar y hacer felices a las naciones, y al mismo tiempo hablar con pureza y elegancia la lengua francesa» (1797-1798: IX), y que él se ha esforzado en respetar esos objetivos en su traducción. Otra cosa es que lo consiguiera plenamente, al menos si hacemos caso a Capmany. En cualquier caso, José de Covarrubias abre el camino a otros lectores-traductores que lo siguen inmediatamente en el tiempo y que parecen también esforzarse en reflejar debidamente en español el texto de Fénelon. Es lo que nos dice Agustín García de Arrieta, con cierto desdén hacia los que le han precedido, en el prólogo a su traducción de 1799, justo un año después de la de Covarrubias:

Viendo el nuevo traductor que ninguna de las traducciones españolas de esta obra corresponde al mérito del original, ni ha llenado los deseos de los amantes de la pureza de nuestra lengua, determinó trabajar la presente con el cuidado y esmero posible para que salga verdaderamente poética y castellana (García de Arrieta, 1799: prefacio)¹⁵.

LEER Y TRADUCIR EL TELÉMACO EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX

A partir del siglo XIX asistimos a la que podríamos llamar la apoteosis de las *Aventuras de Telémaco*. El libro de Fénelon se convierte en un punto de referencia constante. Leer el *Telémaco* se convierte en un acto cultural por excelencia del que no puede prescindir ningún lector de la época que desee pertenecer al ámbito de la República de las Letras, por lo que no puede extrañarnos que junto con el *Quijote* y el *Gil Blas* de Lesage fuera el libro más leído en España en las primeras décadas del siglo XIX (Hernández Serna y Vera Pérez, 2006: 49)¹⁶. El *Telémaco* convertido desde los tiempos de Chantreau en una fuente de textos inagotable

¹⁵ García de Arrieta optó por una edición bilingüe, en cuatro volúmenes, para no privar al lector que lo deseara de «la belleza del texto francés» (1799: prefacio). De todos modos, desconocemos las razones por las que solo se publicó el primer volumen de dicha obra.

¹⁶ Álvarez Barrientos (1991: 188-190) subraya al respecto que la recepción del *Telémaco* en la España del siglo XVIII coincidió con el descubrimiento del *Quijote*, suscitándose entonces una cuestión en torno al género literario exacto de esas dos obras consideradas durante un tiempo poemas o más exactamente poemas épicos. Es cierto que Fénelon había dado a su libro una forma que desconcertaría a sus contemporáneos hasta acabar siendo considerada por algunos una obra fútil, que no merecía mayor consideración, aunque muchos de sus más entusiastas partidarios se afanaran en subrayar los aspectos más clásicos del *Telémaco*.

para la enseñanza del francés, como de hecho ocurre entonces en la mayoría de países europeos, va a formar parte del bagaje literario de cualquier «hombre culto» de la época. Al tiempo que se va creando una estrecha relación, incluso aún más evidente que en el siglo XVIII, entre lectores, traductores y enseñantes / estudiantes de francés. Y era tal el fervor que despertaba a menudo dicho libro que no puede dejarnos indiferentes el hecho de que en una gramática francesa para uso de españoles publicada en Alicante en las postrimerías de la Guerra de la Independencia, su autor, Pablo Antonio Novella, al establecer su canon particular de obras literarias, no dude en citar el *Telémaco* como referencia insoslayable de la literatura francesa:

Si tienes gusto en leer,
Y deseas ilustrarte,
Conocer del hombre el arte,
Quál es su genio y poder:
El Tito Livio en latín,
Metastasio en italiano,
El Quixote en castellano,
El Telémaco en francés,
Y el Almeyda en portugués
Nunca dexes de la mano.

Asistimos entonces, en esas primeras décadas del siglo XIX, a un auge constante del *Telémaco*, omnipresente en cualquier manual de enseñanza del francés que se precie, al tiempo que las traducciones al castellano de la obra no cesan, entre las que sobresalen por encima de todas las de dos traductores, buenos conocedores del libro de Fénelon. Se trata, en primer lugar, de la versión que llevó a cabo Fernando Nicolás de Rebolleda (Madrid, 1803). Dicha traducción llegó a alcanzar un número importante de reediciones tanto en España como en Francia (París y Perpiñán), ediciones que incluían a menudo —aunque no siempre— el original francés, junto a la traducción española. Lo que dice mucho respecto a la verdadera utilización que se hacía de esas ediciones y reediciones del *Telémaco*, destinadas a eventuales lectores hispanohablantes que deseaban disfrutar también de los placeres del texto de Fénelon en su totalidad, como parece sugerir el propio Rebolleda en el prólogo de su traducción, sin limitarse a los extractos de dicha obra que aparecían de manera sistemática en los manuales de francés de la época¹⁷. Pero la suerte del *Telémaco* no concluirá con el texto casi canónico de Rebolleda, pues en 1832 aparece en Valencia una ambiciosa edición bilingüe. El autor de la traducción al castellano es Mariano Antonio Collado¹⁸, quien fue regente de la

¹⁷ El texto castellano de Rebolleda fue probablemente el más utilizado en las ediciones plurilingües de las *Aventures de Télémaque* que se fueron publicando en París entre 1830 y 1850, aproximadamente. Ediciones que solían incluir junto al original francés traducciones al inglés, alemán, italiano, castellano y portugués.

¹⁸ En 1843 publicaría una 2.^a edición con el texto castellano exclusivamente y también con modificaciones en la traducción.

Audiencia Provincial de Albacete y rector de la Universidad de Barcelona, además de traductor y escritor (García Bascuñana, 2011: 456). Collado, que tanto en el prólogo a la edición de 1832¹⁹ como en la introducción a la edición de 1843 nos muestra el entusiasmo que despertaba en él el libro de Fénelon, aprovecha dicho prólogo para criticar las traducciones que han precedido a la suya, incluida la de Rebolleda, la más reciente y la mejor considerada hasta entonces. Unas críticas que no son siempre ecuanímes y que llegan, por momentos, a parecernos totalmente injustificadas. Solo puede justificar la postura de Collado la empatía que muestra por el libro de Fénelon y por la obra de este en general, lo que le lleva a subrayar en su introducción a la edición de 1843 más que los valores del *Telémaco* desde el punto de vista pedagógico y didáctico, a los que se solía hacer entonces continua referencia y a los que el propio Collado alude²⁰, su indiscutible «calidad literaria». Lo que, según él, le llevó a hacer un esfuerzo constante en su traducción intentando que el texto castellano no desmereciera el original francés.

A MODO DE CONCLUSIÓN: EL DECLIVE DEL TELÉMACO A PARTIR DE 1850

De algún modo, las dos ediciones de Mariano Antonio Collado —con algunas variaciones entre la de 1832 y 1843— representan el final de las grandes traducciones españolas del *Telémaco*. Hacia 1850, la presencia de dicha obra comienza a desvanecerse y con ello su influencia como referencia literaria, moral y pedagógica empieza a tocar a su fin, aunque una cierta inercia escolar la mantendrá aún durante un tiempo como hemos señalado al principio de este artículo al referirnos a la afirmación de Riquer y Valverde (1968: 2, 375) respecto a esa «pesadísima narración» que aburría a sus abuelos cuando aprendían francés. Una situación idéntica es la que evocará Emilia Pardo Bazán en los «Apuntes autobiográficos» que aparecían a modo de introducción en la primera edición de *Los pazos de Ulloa* (1886). Censura la escritora gallega el tipo de educación recibida en el colegio francés de Madrid en el que empezó a estudiar a la edad de 6 o 7 años. Al referirse a las lecturas utilizadas para familiarizarse con la lengua francesa, Pardo Bazán se queja de la utilización constante en clase de textos extraídos de las *Aventures de Télémaque* en su versión original. «*Telémaco* por activa y por pasiva» (cit. por Freire López, 2001: 328), nos dice con un punto de ironía, aunque quizá también con cierta nostalgia de esos años de infancia. En cualquier caso, uno podría preguntarse por las razones de su aversión hacia el libro de Fénelon, del que nos dice que era «demasiado académico y empalagoso» (ibíd.). La razón de esa falta de empatía con

¹⁹ El prólogo desapareció en la edición de 1843, quedando reducido a una breve introducción.

²⁰ En la edición de 1832, nos dice lo siguiente: «Cualquiera que sea el mérito de la obra cuya traducción ofrecemos al público, es un hecho constante que los maestros de la lengua francesa la destinan sin duda por la pureza del estilo, a la enseñanza de sus discípulos que empiezan a traducir por ella. Esta consideración hace más necesaria una traducción, que conserve la belleza de las imágenes trasladando con la posible exactitud las palabras; pero apartándose de la colocación material de ellas para no corromper la buena locución castellana» (Collado, 1832: III).

el libro de Fénelon²¹, que viene de cuando era niña y hacía sus primeros pasos escolares, se hace sobre todo patente en la época en que escribe *Los pazos de Ulloa*. Probablemente porque en esos años el tiempo del *Telémaco* había llegado a su fin y aquel libro que había sido leído por sucesivas generaciones durante más de ciento cincuenta años tenía ya algo de anticuado, de pasado de moda, nos atreveríamos a decir, convirtiéndose en un instrumento literario y pedagógico-lingüístico al que se recurría más bien por pura rutina, como nos dice María Jesús Fraga Fernández-Cuevas:

En el siglo XIX los libros de lecturas infantiles seguían el modelo de la novela pedagógica de la Ilustración, cuyo lema era «instruir deleitando» y cuyo paradigma fue *Las aventuras de Telémaco* de Fénelon. Pero la toma de conciencia del adulto de la necesidad de ofrecer a niños y jóvenes obras de valores indiscutibles determinó que en el último tercio del siglo se tratara de acercar al público juvenil las grandes obras de la literatura, generalmente en versiones adaptadas que, muchas veces, terminaron siendo declaradas lecturas escolares (Fraga Fernández-Cuevas, 2009: 37).

Así pues, el tiempo del *Telémaco* parece haberse diluido en esas décadas finales del siglo XIX. Se está ya entonces muy lejos de aquellos años en los que esa obra de Fénelon encandilaba a la «Europa francesa» del siglo XVIII o más tarde a los lectores cultos de la primera mitad del XIX. Los gustos habían cambiado y al embeleso de Bermúdez de la Torre o de Blanco White ante las aventuras del joven hijo de Ulises, guiado por la pluma del obispo de Cambrai, respondía Emilia Pardo Bazán con su menosprecio y desdén evocando, como ya se ha dicho, sus horas escolares en que leía y releía una obra que la aburría soberanamente. Los gustos literarios y culturales eran definitivamente otros, una vez que el dique protector del Romanticismo que veía en Fénelon «uno de los precursores de su melancolía» (Becker, 1998: XXXII) se había roto y nada justificaba ya su presencia e influencia constante. De todos modos, la fortuna del *Telémaco* no se jugará para siempre en aquellas décadas finales del siglo XIX. A pesar de posturas especialmente críticas como las de Riquer y Valverde (1968: 375), el *Telémaco* de Fénelon no se sumirá definitivamente en el olvido, como lo prueban las reediciones del libro a lo largo del siglo XX. Incluso con nuevas traducciones a partir de 1950, como la de Manuel Sacristán, publicada en 1954 en Barcelona u otra de Ramón Pin de Latour de 1985, aparecida también en la capital catalana. Y más recientemente, en 1998, contamos con una reedición mejicana de la edición de París de 1733²². Prueba tangible de un interés renovado por una obra que cautivó a Europa durante casi dos siglos y que sigue planteando muchos interrogantes sobre su éxito, pero que al mismo tiempo sirve para entender mejor una larga época durante la que el libro de Fénelon se leyó y se releyó sin cesar, y sobre todo con agrado y comprensión.

²¹ Un libro que Pardo Bazán conocía muy bien, pero que en ningún momento llegó a seducirla como sí ocurrió con otras obras francesas, tanto clásicas (tragedias de Racine) como contemporáneas (sobre todo las de los Goncourt y Zola).

²² Se trata de la vieja traducción de La Haya de 1713, con variaciones y modificaciones.

ALGUNAS EDICIONES ESPAÑOLAS DEL TELÉMACO CITADAS EN ESTE ARTÍCULO

- 1713, *Aventuras de Telémaco, hijo de Ulises*, traducción anónima, La Haya, Adrian Moetjens [1 mapa, 10 estampas].
- 1723, *Aventuras de Telémaco, hijo de Ulises, continuación del libro IV de la Odisea de Homero*, Madrid, Francisco del Hierro [traducción anónima de La Haya, atribuida a F. Medel. La misma traducción se repite hasta 1793, con variaciones, modificaciones y omisiones (diferentes ediciones y lugares de edición)].
- 1797-1798, *Aventuras de Telémaco*, traducidas y publicadas por Josef de Covarrubias, Madrid, Imprenta Real, 2 vols.
- 1799, *Aventuras de Telémaco*, nueva traducción castellana acompañando el texto original por D. Agustín García de Arrieta, Madrid, Impr. de Benito Cano, 4 vols. [solo se publicó el vol. 1].
- 1803, *Las Aventuras de Telémaco, hijo de Ulyses*, obra escrita en francés por Francisco de Salignac de la Mothe-Fénelon, traducida al castellano por Fernando Nicolás de Rebolleda, Madrid, Impr. de Mateo Repullés [diferentes reeds. a lo largo del siglo XIX].
- 1832, *Las Aventuras de Telémaco, hijo de Ulises*, traducida por Mariano-Antonio Collado, Valencia, José de Orga [nueva ed. renovada y modificada en 1843; reeds. de ambas ediciones].
- 1954, *Aventuras de Telémaco, hijo de Ulises*, trad. y prólogo de Manuel Sacristán Luzón, Barcelona, Fama.
- 1985, *Las Aventuras de Telémaco*, trad. y notas de R. Pin de Latour, Barcelona, Orbis.
- 1998, *Aventuras de Telémaco*, México, Editorial Porrúa.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Álvarez Barrientos, Joaquín (1991), *La novela del siglo XVIII*, Madrid, Ediciones Júcar.
- Becker, Jeanne Renée (1998), «Introducción», en Fénelon, *Aventuras de Telémaco*, México, Editorial Porrúa.
- Blanco White, José María (1972), *Obra inglesa*, Buenos Aires, Ediciones Formentor S. R. L.
- Étienvre, Françoise (2001), *Rhétorique et patrie dans l'Espagne des Lumières*, París, Champion.
- Fénelon (1968), *Les aventures de Télémaque*, París, Garnier Flammarion.
- Fraga Fernández-Cuevas, María Jesús (2009), «Los *Episodios Nacionales* de Pérez Galdós y su presencia en el canon de la literatura infantil y juvenil (1873-1939)», *Revista OCNOS*, 5: 37-53.

- Freire López, Ana María (2001), «La primera redacción, autógrafa e inédita, de los *Apuntes autobiográficos* de Emilia Pardo Bazán», *Cuadernos para la Investigación de la Literatura Hispánica*, XXVI: 305-336.
- García Bascuñana, Juan (2003), «*Télémaque* en Espagne. Réception, traductions, malentendus», *Documents pour l'histoire du français langue étrangère ou seconde*, 31: 89-101.
- (2010), «Recepción del *Télémaque* y otras obras de Fénelon: su traducción a las lenguas de la Península Ibérica», en Luis Pegenaute y otros (coords.), *Relación entre las literaturas ibéricas y las literaturas extranjeras*, Berna, Peter Lang (Colección Relaciones literarias en el ámbito hispánico: traducción, literatura y cultura, 4): 59-73.
- (2011), «*Télémaque* de Fénelon, trad. por Mariano Antonio Collado», en Francisco Lafarga y Luis Pegenaute (coords.), *Cincuenta estudios sobre traducciones españolas*, Berna, Peter Lang (Colección Relaciones literarias en el ámbito hispánico: traducción, literatura y cultura, 5): 241-251.
- Gil Fernández, Luis (1997), *Panorama social del humanismo español (1500-1800)*, Madrid, Tecnos.
- Hazard, Paul (1968 [1935]), *La crise de la conscience européenne, 1680-1715*, vol. I, París, Gallimard.
- Hernández Serna, Joaquín, y Vera Pérez, Carmen (2006), «*Les Aventures de Télémaque* de Fénelon en España», *Estudios románicos*, 15: 41-70.
- Lépinette, Brigitte (2003), «*Heureux ceux qui s'instruisent en se divertissant!* (*Télémaque*, liv. 12). À propos de *Télémaque* en Espagne (fin XVIII^e-début XIX^e siècle)», *Documents pour l'histoire du français langue étrangère ou seconde*, 31: 102-116.
- Leplâtre, Olivier (2003), *Les Aventures de Télémaque. Textes choisis*, París, Gallimard (La Bibliothèque Gallimard, 116): 5-16.
- Menéndez Pelayo, Marcelino (1994 [1882-1891]), *Historia de las ideas estéticas en España*, vol. II, Madrid, CSIC.
- Novella, Pablo Antonio (1813), *Nueva gramática de la Lengua Francesa y Castellana. Avec un abrégé de la grammaire espagnole*, Alicante, Imprenta de España.
- Pardo Bazán, Emilia (1886), *Los pazos de Ulloa*, precedidos de «Apuntes biográficos», Barcelona, Daniel Cortezo y Cía.
- Pomeau, René, y Ehrard, Jean (1998), *Histoire de la littérature française. De Fénelon à Voltaire*, París, GF Flammarion.

- Riquer, Martín de, y Valverde, José María (1968), *Del Renacimiento al Romanticismo*, en *Historia de la literatura universal*, vol. 2, Barcelona, Planeta.
- Rose, Sonia V. (2006), «Un poema para un rey: el *Telémaco* españolizado de Bermúdez de la Torre», en K. Kohut y S. V. Rose (coords.), *La formación de la cultura virreinal. Siglo XVIII*, vol. 3, Madrid; Fráncfort, Iberoamericana Vervuert: 437-470.
- Trivisani, Isabelle (coord.) (2009), *Lectures de Fénelon: Les Aventures de Télémaque*, Rennes, Publications de l'Université de Rennes.
- Vera Pérez, Carmen (2003), «À propos des *Aventures de Télémaque* de Fénelon», *Documents pour l'histoire du français langue étrangère ou seconde*, 31: 166-177.